

Duke Ellington
es el hombre
que consigue que una
gran orquesta
tenga auténtico
sonido "jazz".

Compositor,
pianista, director,
él solo constituye
un capítulo esencial
de la música
de nuestro tiempo.

por JUAN ALDEBARAN

«Los recuerdos son muy importantes para un músico de "jazz". Una vez compuse un fragmento de sesenta y cuatro compases sobre un recuerdo de infancia muy sencillo: el paso de un hombre que camina silbando, que había yo escuchado una noche, desde mi cama, por la ventana abierta». Duke Ellington tiene, desde el veintinueve de abril, setenta años de recuerdos tras de sí. Los ha cumplido en la Casa Blanca. Los Nixon le invitaron a cenar y a un concierto de sus obras en la Sala Este, la misma donde una vez los Kennedy llevaron a Pablo Casals.

El Duke es un washingtoniano —su primer quinteto se llamó Los Washingtonianos, en 1923— y en su infancia, en su vida, no penetró nunca la tragedia, vieja compañera del «jazz». Muchos se lo reprochan, muchos creen que le falta esa dimensión. El niño Edward Kennedy Ellington iba a ser arquitecto, soñaba con ser pintor. Es fácil, con estos datos, reconocer en sus obras y en su orquestación una arquitectura y una pintura, un equilibrio estructural y unas pinceladas descriptivas. Como tantos americanos, blancos o negros, tuvo que trabajar para pagarse sus estudios. Lo hizo como «barman». De cuando en cuando salía del mostrador para tocar el piano. Los clientes comenzaron a acudir más a su música que a sus «cocktails». Ahí quedaron sus estudios.

Allí comenzó la consagración, que tardaría poco tiempo en venir. Le llegaría, con sus compañeros Otto Harwick (saxo alto), Sonny Greer (batería) y Arthur Whetsol (trompeta), en el famoso Cotton Club, de Harlem. Otro reproche para el «Duke». El Cotton era un «falso» centro de «jazz» para blancos, gangsters y turistas. En lenguaje de hoy diríamos que el elegante y caro Cotton estaba «out», mientras el Small Paradise estaba «in». Quizá —dicen algunos críti-



el «duke»

en la casa blanca

meyba®

BAÑADORES

(Los bañadores con que ellas los prefieren)



BAÑADORES



MIEYIBA®



PARA TODOS

nuevos artículos de



MESTRE & BALLIE SA



el «duke»



Ellington aparece con Sonny Greer —a la batería—, dos años antes de la formación de su quinteto Los Washingtonianos.

cos— sea la necesidad de servir al público del Cotton lo que dio a Ellington su tono europeo, sus resonancias de la música europea. En el piano es, a veces, chopiniano —en la «Black and tan fantasy» introdujo directamente su propia versión de la «Marcha fúnebre» de Chopin—, pero iba a ser también africano, cuando introdujo el estilo «junga».

«CARAVANA»

Ellington es el inventor de lo que se llamaría después afro-cubano, a partir de la famosa «Caravana» —que no es composición suya, sino de Juan Tizol, portorriqueño—. La serie de «el primero que», aplicada a Ellington, no tiene fin. Es el primero que consigue que una gran orquesta suene como verdadero «jazz» y lo sea (su secreto: consigue que la orquesta improvise, como si fuese una pequeña formación, sobre un tema inicial, y luego escribe la partitura); el primero que lanzó el estilo «mood» (como música de atmósfera); el primero que metió la jungla tropical, americana y africana, en una orquesta; el primero que utilizó la voz humana como un instrumento de «jazz» (con Adelaide Hall, más tarde con Kay Davis), que introdujo el saxo-barítono en el «jazz», que con la famosa quinta disminuida creó el estilo «be bop»... El primero que se rodeó de grandes solistas, sin miedo de ser aplastado por ellos, elevándose de la masa orquestal con sus propias manos («Ellington suscita el talento», decía Boris Vian). Ha pensado siempre en sus músicos al componer. «Es preciso saber siempre —decía, como en broma—, cuando se compone música, de qué forma juega al póker el hombre que tendrá que ejecutarla». Sobre todo ello, ha sido y es un genial compositor. Probablemente el músico que ha convertido mayor número de composiciones en clásicas a los pocos años —o meses— de ser creadas, y con un alcance universal.

En los últimos años, los críti-

cos se habían lanzado sobre él. Se decía que ya no era más que el intérprete de una nostalgia, de la nostalgia de un pasado glorioso, de «traición a su propia música», de pretencioso, de agotado... El «Diminuyendo a n d Crescendo in blues», del Festival de Newport; su «suite shaespiriana» («Such sweet Thunder», en el Festival de Stratford, no el Stratford inglés donde nació el poeta, sino su homónimo de Ontario) le hicieron renacer.

LA CORONACION

La Casa Blanca, con los Nixon recibéndole en la puerta, es una especie de coronación que muchos repudian. Supone la imagen de que un negro puede llegar a todo a condición de que guste a los blancos, a condición de que no salga de los estrechos límites impuestos a la explotación: el «jazz», la danza o el boxeo. Ciertos rasgos de su vida de millonario forman parte de esta relativa hostilidad con que se mira al «Duke»: sus fastuosos guardarrapas siguiéndole, en brillantes «Cadillac», por las «suites» de hoteles de lujo; su pequeña corte de mujeres bellísimas, ahajadas, elegantes... Quizá el propio sobrenombre de «Duke», colocado como un snobismo aristócrata, como un cierto ideal al que parecerse (sin la ironía amarga con que Joe Oliver se hizo llamar «Rey», King Oliver, huérfano y hambriento, marcado el rostro por una cuchillada, víctima de gangsters, errante sin trabajo, víctima de una enfermedad que le tendría tres años en la agonía, sin dinero para curarse, muerto en tal miseria que su familia no pudo colocar sobre su tumba ni la más simple lápida). Sin embargo, el «Duke» ha dicho siempre que no ha querido otra cosa más que hacer la música del negro americano, y se ha sentido siempre negro americano. Su enorme contribución al arte de la negritud, a la música del mundo, por sí mismo y por el descubrimiento continuo de nuevos valores, están al margen de las anécdotas.